

UN PASEO POR LAS HUELLAS DE LA BARCELONA COLONIAL

Gustau Nerín

No es del todo inusual encontrarse con personas, incluso de una elevada formación intelectual, que alegan que Cataluña puede analizar con bastante distanciamiento el colonialismo porque nunca ha estado involucrada en ninguna campaña colonial y nunca ha sido colonialista. Aunque la mayoría de los historiadores no suscribirían este discurso, es cierto que está bastante extendido en la calle. Desmarcarse del colonialismo es, obviamente, una forma de blanquear nuestra historia y nuestra conciencia colectiva. Pero Barcelona, nos guste o nos duela, es una ciudad que ha crecido marcada por la experiencia colonial.

En primer lugar, es obvio que toda Europa se vio contaminada por el pensamiento colonial en el periodo más álgido del colonialismo, entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Las creencias coloniales eran compartidas por ingleses, franceses, portugueses y belgas, pero también por suecos, suizos, italianos, alemanes y catalanes. En Barcelona, como en toda Europa, la cultura colonialista se consumía de forma constante. Se leían las novelas de Jules Verne y de Emilio Salgari, se hacían provisiones para los “negritos” de las misiones de China y de África y los niños se educaban con los racistas poemas de Rudyard Kipling. El cine, ese gran avalista de los mitos coloniales, sacudió esta ciudad con sus *Tarzán*, *Beau Geste* y *Las cuatro plumas*. Sin duda, los barceloneses compartían la creencia de la superioridad europea y de la misión del hombre blanco, común entre los parisinos, los londinenses y tantos otros europeos. De hecho, incluso los cómics de *El Capitán Trueno*, creados por un comunista catalán, Víctor Mora, reproducían a la perfección todos los estereotipos coloniales.

Barcelona con Colón y los *descubridores*

La exaltación colonial está presente en muchos rincones de la ciudad, aunque a menudo pasa desapercibida. El monumento a Colón es un lugar emblemático de la ciudad: al final de la Rambla, al lado del mar... Este símbolo de admiración de la colonización americana, a pesar de todo, no está solo. Porque Barcelona también estuvo involucrada en la colonización de América, y durante mucho tiempo el imaginario del descubrimiento y de la conquista fue muy importante en la ciudad. Por este motivo, un gran número de vías recuerdan la colonización americana. Primeramente, Barcelona tiene una plaza de la Hispanitat, en recuerdo de la teoría reaccionaria y neocolonial de la hispanidad, y también tiene una calle dedicada a su inventor, el ultraderechista Ramiro de Maeztu.

Hay sendas calles consagradas a los barcos de Colón: Caravel·la La Pinta, Caravel·la La Niña y Nau Santa María. Y también están incluidos en el nomenclátor los lugartenientes del almirante, los hermanos Pinzón. Una quincena de calles deja constancia del homenaje de Barcelona a los conquistadores de América. Tienen su propia vía Pedro de Alvarado, Vasco Núñez de Balboa, Elcano, Magalhães, fray Juníper Serra, Pedro de Mendoza, Hernán Cortés, Pizarro, Juan de Garay, Alfonso de Ojeda, Francisco de Orellana, Ponce de León, Gaspar de Portolà, Jiménez de Quesada... Y uno de los pocos catalanes implicados en este acontecimiento, Manuel d'Amat i de Junyent, virrey del Perú y protagonista de expediciones bélicas en África, merece un triple recordatorio: la plaza del Virrei Amat; en Gràcia, la plaza de la Virreina (por su esposa), y el céntrico Palau de la Virreina.

Colonialismo propio

Pero la campaña expansionista mejor representada en el nomenclátor del centro de la ciudad no es la española en América, sino la catalano-aragonesa en el Mediterráneo. Un buen número de nombres de las calles de L'Eixample fueron decididos en 1863, en plena fiebre del Renacimiento. En unos tiempos en los que se consideraba que el prestigio de una nación se valoraba por su capacidad de expansión, los catalanes buscaron glorias propias en su historia. Y el referente más sólido se encontró en la Gran Compañía Catalana. Así, las calles barcelonesas se llenaron de nombres de caudillos guerreros como Roger de Llúria, Berenguer d'Entença, Roger de Flor o Bernat de Rocafort. Además, se quiso dejar constancia, esquina tras esquina, de todos los territorios que en algún tiempo habían estado bajo el dominio de la Corona de Aragón: Nápoles, Cerdeña, Calabria, Neopatria...

Como culminación de este deseo de glosar las victorias bélicas pasadas, en aquel mismo tiempo, a una de las plazas que se suponía que tenían que ser centrales en Barcelona se le reservó el grandilocuente nombre de Glòries Catalanes. La historiografía catalana presentaba la Gran Compañía Catalana como muestra del poder ultramarino de Cataluña y eso producía mucha satisfacción entre la población barcelonesa. En realidad, la compañía no se podía considerar como un ejército nacional, sino más bien como un grupo de mercenarios, o de piratas, que actuaban por simple afán de lucro. Y, aunque sus hagiógrafos no pusieran mucho énfasis, las expediciones de los almogávares fueron acompañadas de una violencia extrema contra las poblaciones del este del Mediterráneo.

La guerra de África

El momento en que el colonialismo adquirió más popularidad en la ciudad de Barcelona fue durante la guerra de África de 1859-1860, un pequeño conflicto que sirvió para consolidar las aspiraciones de España de controlar el reino de Marruecos. La participación de unos centenares de voluntarios catalanes en el conflicto norteafricano, y el hecho de que el sultanato vecino fuera derrotado rápidamente, generaron una gran fiebre patriótica teñida de xenofobia y de islamofobia. El historiador Josep Fontana, al referirse a aquel periodo, habla de una "operación de intoxicación popular, profundamente racista".

Durante meses, Barcelona vivió una avalancha de fiestas militares y patrióticas a las que eran invitados los veteranos, siempre vestidos con barretina. Los quioscos y las librerías de la ciudad se inundaron de publicaciones de propaganda patriótica, todas militaristas, todas islamóforas... El compositor Josep Anselm Clavé, muy aclamado en la época, compuso un *rigodon belich*, titulado *Los nets dels almogavers* ("Los nietos de los almogávares"), que llevaría la islamofobia y el belicismo hasta el extremo: "Aném / Y en sanch de africans / Sabrém / Tenyir nostres dagues! / Aném / Y ab sanch de africans / Sabrém / Rentar nostras mans!" [...] "Lo extermini jurém / D'eixa rassa d'esclaus".

Clavé, que tiene otros méritos además de su *rigodon belich*, se ganó una calle y una estatua monumental en el paseo de Sant Joan. Barcelona también le dedicó una calle a Marià Fortuny, que plasmó en un cuadro la batalla de Tetuán, ensalzando la lucha de los voluntarios catalanes: hoy en día es una de las obras maestras expuestas en el Museo Nacional de Arte de Cataluña y una de las piezas clave del orientalismo catalán.

En la ciudad quedan algunas huellas de la euforia bélica, patriótica y expansionista de aquel momento, aunque la victoria aportó muy pocas ventajas a España (hay quien hablaba de una "paz chica para una guerra grande"). Primeramente, el general Prim, principal artífice de la operación, tiene múltiples recordatorios en la ciudad. Además de la plaza de Prim y de la

rambla de Prim, hay una gran estatua ecuestre del general en el parque de la Ciutadella, realizada con hierro de cañones. En 1936, al inicio de la Guerra Civil, en plena euforia revolucionaria, el monumento a Prim fue destruido por las Juventudes Libertarias, pero durante la dictadura de Franco fue reconstruido por el escultor Frederic Marès.

No solo Prim es recordado en el nomenclátor barcelonés, también hay sendas calles dedicadas a dos de sus lugartenientes, el comandante Victorià Sugranyes y el coronel Sanfeliu, ambos fallecidos en la campaña marroquí. En la ciudad hay una calle y una plaza dedicadas a las grandes batallas de aquel conflicto, Los Castillejos y Tetuán; la otra vía dedicada al conflicto, la calle en memoria de la tercera batalla, la de Wad-Ras, cambió su nombre por Doctor Trueta en 1992.

Barcelona y los indianos

La experiencia colonial que ha dejado más huella en Barcelona, sin duda, ha sido la de los indianos, aquellos empresarios que, habiendo hecho fortuna en Cuba o en Puerto Rico, se instalaron en la metrópoli. Entre ellos había catalanes, pero también gente de otros lugares de España que se instalaron aquí e hicieron negocios en esta ciudad, como Antonio López, el marqués de Comillas, o el negrero Pedro Blanco.

Muchos indianos hicieron exhibición de su riqueza y dejaron bien clara su marca en la ciudad. Numerosos edificios emblemáticos de Barcelona fueron construidos con el dinero procedente de Cuba, una parte importante del cual se había generado con la producción de azúcar mediante mano de obra esclava y otra parte, con el tráfico de esclavos. La Rambla no sería la misma sin la inversión de los indianos que construyeron o reformaron algunas de las grandes mansiones de esta avenida: el lujoso Palau Moja, la antigua sede de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, el Palau March... Y, bien cerca, el Palau Güell, financiado por una familia de pasado turbio. Joan Güell, el patriarca de la estirpe, tiene un monumento en la Gran Vía; aunque fue destruido en 1936 y fue reconstruido tras la Guerra Civil.

En el frente de mar, en la parte baja de la Vía Laietana, también tenemos una fuerte huella de los indianos. Cerca del Pla de Palau encontramos la plaza de Antonio López, marqués y negrero; incluso tiene un monumento dedicado. Al lado encontramos los porches de Xifré, un gran edificio construido por Josep Xifré, también sospechoso de haberse dedicado al tráfico de esclavos. Y en la parte baja de la Vía Laietana está el antiguo edificio del Banco Hispano-Colonial, una institución financiera creada básicamente con capitales repatriados de América en la segunda mitad del siglo XIX (algunos de ellos procedentes del tráfico negrero).

Otro lugar donde la presencia de los indianos es determinante es L'Eixample. El desarrollo urbano de Barcelona en la segunda mitad del XIX no habría sido posible sin los capitales procedentes de América, que son los que permitieron la existencia de tantos edificios espectaculares en el paseo de Gràcia y en sus alrededores. Pero la presencia indiana está muy repartida por la ciudad: en el barrio del Congrés (en la denominada *zona de los indianos*); en Mundet, donde está el Palau de les Heures; en el templo del Tibidabo; en la Casa Elizalde; en La Maquinista Terrestre y Marítima... La imagen de Barcelona sería bien diferente sin la aportación americana.

Con tantos intereses económicos catalanes en las colonias, no es extraño que las dos guerras de Cuba, y las descolonizaciones de las Filipinas, Puerto Rico y Cuba, provocaran un descalabro en la sociedad barcelonesa y tuvieran un impacto en el nomenclátor de la ciudad. El almirante Cervera, jefe de la escuadra derrotada por los Estados Unidos, tiene su calle, y también hay otra dedicada a la Laguna de Lanao, un lugar de las Filipinas donde las fuerzas

españolas resistieron heroicamente contra los norteamericanos. Y, tras la pérdida de las colonias, Barcelona se dotó de la calle de las Filipines y del callejón de las Carolines (las islas de la Micronesia que España vendió a Alemania tras la pérdida de las Filipinas).

El otro como atracción

A finales del siglo XIX y principios del XX, Barcelona se dejó llevar por el entusiasmo por la colonización africana y asiática, igual que lo hicieron Inglaterra, Francia o Bélgica. Así, llegaron los zoos humanos que acostumbraban a recorrer toda Europa. En 1897, justo después de las guerras anglo-ashanti, un grupo de 150 ashantis fueron exhibidos en la ronda de la Universitat. Tres años después, en el Tibidabo se “presentó” un grupo de fulbes procedentes de la Guinea francesa. Y durante la Exposición Universal de 1929 se organizaron dos exhibiciones simultáneas: una de senegaleses en el parque de atracciones y otra de argelinos en la plaza de Espanya.

En Barcelona, en aquellos años, triunfaba un curioso personaje de ficción: Massagrán, de Josep Maria Folch i Torres. Seguiría triunfando durante décadas, y se convertiría en un clásico de la literatura juvenil catalana. *Las aventuras extraordinarias de Massagrán* es la historia de un niño catalán, Massagrán, que aterriza en África y se instala entre la tribu de los *karpantes*, unos negros infantilizados a los que ayudará a gobernarse. No es casual la coincidencia de este mensaje con la propaganda colonial: Folch i Torres también es autor de un ensayo de elogio del colonialismo español en África.

Nuestra guerra colonial

Si hay una guerra colonial que ha marcado decisivamente la historia de Barcelona, y la del conjunto de España, es las Campañas de Marruecos (que se desarrollaron de 1909 a 1927). Las Campañas de Marruecos supusieron un descalabro para la sociedad española: un número altísimo de fallecidos, un repunte del conflicto social, la deriva del ejército hacia posiciones profundamente antidemocráticas, la consolidación de los cuerpos coloniales que serían decisivos en la Guerra Civil... La experiencia bélica en Marruecos fue realmente el foco de origen del fascismo español, que tuvo más peso en los cuerpos militares coloniales que en los microscópicos partidos ultraderechistas.

Las Campañas de Marruecos se iniciaron con un choque armado en el entorno de Melilla en 1909, lo que tuvo un impacto directo en Barcelona. En la revuelta que estalló por el embarque de tropas hacia el norte de África, la Semana Trágica, fueron destruidos 68 edificios religiosos que hoy no se yerguen en las vías barcelonesas. Y el nomenclátor barcelonés tiene algunas huellas de los dieciocho años de campañas norteafricanas; las calles del Capità Arenas, del Comandant Benítez, del Tinent Flomesta, de González Tablas, de Taxdirt... Y eso que el comportamiento del ejército español, en aquella contienda, fue brutal.

Finalmente, Marruecos se giró contra la República y la participación de las tropas marroquíes fue decisiva para la victoria franquista en la Guerra Civil. Cuando Franco consolidó su poder, se quiso rendir homenaje a las tropas norteafricanas que lo habían ayudado, y se nombró a algunas calles de Barcelona como del Marroc (Marruecos), del Sàhara (el Sáhara), del Riu de l'Or (Río de Oro) y de Tànger (Tánger). Todos estos nombres aún hoy perduran.

“Nuestra” Guinea

Guinea Española fue, en gran parte, una colonia catalana. A partir del momento en que se empezó a difundir el cultivo del cacao, hacia 1884, los inversores catalanes se hicieron presentes en la élite *finquera* (plantadora y exportadora de cacao). Con el tiempo, coparían la cúpula de algunas de las grandes empresas presentes en Guinea, como la Compañía Trasatlántica, LEZNA o Frapejo. Los catalanes también tuvieron un papel importante en la dominación colonial de los guineanos. Como el Gobierno español no tenía escuela colonial y, por lo tanto, no disponía de funcionarios especializados en tareas coloniales, confió la transformación de las poblaciones autóctonas a las congregaciones de los claretianos y de las concepcionistas, que tenían una amplia presencia catalana. La evangelización de Guinea se planificó desde Vic y desde Barcelona.

Con tanta presencia catalana en la colonia es normal, pues, que los grandes propagandistas de la colonia salieran de Barcelona, como Juan Bravo Carbonell o el periodista Josep Vilaró, y que la literatura colonialista de temática guineana fuera dominada por autores catalanes en lengua castellana: Josep Maria Vilà, Liberata Masoliver y, sobre todo, el tremendamente racista Bartolomé Soler. A pesar de todo, Guinea, una colonia poco extensa y poco poblada, no está muy representada en el nomenclátor barcelonés (tan solo hay una calle dedicada a Fernando Poo, otra al explorador Iradier y una tercera al geógrafo Beltrán y Rózpide, propagandista del colonialismo).

En ese tiempo de grandes intercambios económicos entre Cataluña y Guinea, Barcelona se convirtió en la segunda casa de la élite fernandina, la burguesía negra de la isla de Fernando Poo. Así, en el barrio de las Tres Torres establecerían su segunda residencia familias acomodadas guineanas como los Collins, los Jones o los Dougan. Y al llegar la independencia de Guinea, y establecerse allí la dictadura de Macías, Barcelona se convirtió, automáticamente, en tierra de refugio para muchos guineanos, una tierra un tanto inhóspita, que no siempre los acogió fraternalmente. Algunos sufrieron mucho: añoranza, discriminación, explotación... Otros se integraron bastante bien.

La Barcelona descolonizada

Barcelona, que había sido uno de los principales focos de colonialismo, también fue uno de los lugares donde primero se cuestionó la cultura colonial. En los años sesenta, Barcelona fue la sede de las editoriales que, intentando plantar cara a la dictadura y revisando el mundo en que vivían, criticaron abiertamente el colonialismo.

En el Estado español, a finales del siglo XX, apareció un movimiento de exaltación de la memoria colonial, a partir de un activo movimiento de colonos. Barcelona tuvo un papel destacado en esta nostalgia colonial con el surgimiento de la página *Nuestra Guinea*, encuentros continuos de antiguos residentes y publicaciones de memorias de colonos. Pero mientras reavivaba la nostalgia de los colonos, Barcelona se convertía, al mismo tiempo, en el primer centro de discusión en profundidad de la realidad colonial española. La presentación de publicaciones neocolonialistas se vio compensada por el surgimiento del primer movimiento de revisión del colonialismo en el Estado español. Los estudiosos del Centro de Estudios Africanos, de la Universidad de Barcelona, de la Universidad Autónoma y de la Universidad Pompeu Fabra empezaron a cuestionar en toda regla el mundo africano del franquismo.

Barcelona, si bien en algunos aspectos ha sido puntera a la hora de cuestionarse los mitos coloniales, en otros ámbitos no ha sido capaz de replantear la mítica colonial. Y este

replanteamiento no será posible sin un pleno reconocimiento de la participación catalana en el universo colonial.